Sería menos criminal que el soldado alemán que mataba por cuenta del metalúrgico renano? En cuanto a las poblaciones disputadas tienen sin duda el derecho de conservar su legislación, su lengua, su forma especial de esclavitud económica, política y militar. Pero — además de que el deseo de no cambiar de cadenas no sería, para un asesino, más que excusa de loco — nadie puede sentirse amenazado directamente, pues los proyectos de desmembramiento no son, por lo pronto, traídos a plena luz. Y, para mí, Provenzal o Bretón, sería un exceso de escrúpulo oponerme a los asesinatos que permitirían simplemente, al Alsaciano, ser esclavo en un cuartel francés, en lugar de ser brutalizado por guardias prusianos — o ser un asalariado lorenés... un hombre libre? — no! el siervo de un patrón francés cualquiera?

Así, mientras no se tenga que rechazar una invasión de negros Bantou o Papués, el derecho a matar es por lo menos bastante discutible, aún en una supuesta guerra defensiva.

* * *

Sería también indispensable saber — por sí mismo o no a fé de otros — si verdaderamente se defiende uno. La convicción no es suficiente para un acto tan grave como el homicidio. Asesinaría Ud. a un desconocido, simplemente porque se os dice que es vuestro enemigo? Antes de golpear, pediríais, con razón, pruebas irrefutables de sus malas intenciones. *Para matar, es necesario la certidumbre absoluta de que se es atacado.*

Pero, como puede saber el soldado si su patria no es la atacante? La nación que declara la guerra no es necesariamente la que lleva las más pesadas responsabilidades de un conflicto. Los invasores no son siempre los más culpables. Cuando un gobierno emprende una guerra ofensiva, no reprende al enemigo: sólo trata de echarle la culpa. "Y qué hay más fácil que probarlo unilateralmente con una prensa vendida, y ahogando toda oposición por la censura y el estado de sitio? Además, entra en juego el execrable artificio chauvinista de ambas partes; la fundamental y recíproca mistificación — y justamente porque cada pueblo no pide más que paz y rechaza la guerra, se le persuade más fácilmente de que la provocación sólo puede venir de los otros". (Ermenonville: Diario del pueblo, 24-3-23).

Ningún beligerante deja de protestar sus buenas intenciones. Todos son corderos; nadie es el lobo de la fábula. En realidad no se sabe cuál es el más lobo, pues lo son todos en general. Antes de partir para una guerra el soldado debría asegurarse de no ser una de las tantas garras de la fiera. Esta seguridad le es materialmente imposible tenerla. La historia tarda mucho tiempo en pesar las responsabilidades directas de la máscara; los culpables guardan cuidadosamente las llaves de los archivos: el despacho de Ems no fué conocido hasta veinte años después de la guerra de 1870; en nuestros días, es evidente que la confesión de culpabilidad, arrancada por la fuerza a Alemania no tiene ningún valor, habiendo hurtado los Aliados al proceso de los responsables "todos los armarios diplomáticos abiertos". Las responsabilidades inmediatas de la lucha no puede saberlas el "número matriculado" encargado de matar, a quien se le dice lo que hay interés de inculcarles: mentiras. Cómo entonces se puede invocar la legítima defensa para abrir vientres o agujerear pechos?

Además, los pretextos inmediatos de una guerra importan poco. Cuando se remonta a las verdaderas causas, las responsabilidades se confunden, se entrelazan y se hace extremadamente difícil — si no imposible — pesarlas por separado. *Toda lucha aparece como defensiva y ofensiva a la vez.* Imparcialmente, no se puede elegir — desde el punto de vista de la justicia — de entre los apetitos que exacerbados desencadenan los asesinatos colectivos. Se condena, en conjunto todas esas codicias — o mejor el orden (el desorden) social que, en último análisis, hace casi inevitables los choques sangrientos. Y se trabaja por la supresión de los privilegios políticos y económicos, individuales y nacionales — causas profundas de las guerras. Actualmente, todo soldado es siempre campeón de un imperialismo más o menos cínico o hipócrita. Qué soldado está en el derecho de legítima defensa en esos choques monstruosos de inextricables apetitos?

* * *

La cuestión de la certidumbre domina todo este debate. El viejo proverbio: "En la duda abstente", surge, como un imperativo categórico cuando está en juego la vida de otro. Ahora bien, tal hombre que, como juez, renunciaría a pronunciar una condena de muerte sin pruebas irrefutables, no duda en matar sobre simples afirmaciones — provisoriamente incontrolables — hechas por los gobernantes. Sin embargo se sabe lo que valen esas afirmaciones interesadas! En la democracia, no se gobierna más que con la mentira. En las luchas nacionales contemporáneas, no se sabe nunca justamente porque se bate. Sería necesario penetrar el misterio de la diplomacia secreta, para conocer exactamente las causas y el fin de una guerra determinada — no siendo, las ruidosas declaraciones de los políticos, más que disfraces de parada que ocultan los móviles verdaderos. Los Aliados en el 14-15, decían hacer la guerra a la guerra. Los soldados que tuvieron fé en esta promesa y mataron por instaurar la paz universal, no se apercibieron por poco que se les escamotee sus gestos de asesinos — que, á pesar de la victoria de la Entente, "la idea del desarme parece hoy día la más utópica de las hipótesis".

Se está, por lo tanto, en el estricto derecho de desconfiar; de declinar el honor de servir de humilde y obediente verdugo a los "dioses vestidos", a los "regentes, no de colegios, sino de naciones". "Crispines que juegan entre sí el destino de los pueblos como los hombres vulgares su Kiderlen-Wassu al dominó". (Balzac). El soldado está envuelto en un tejido muy espeso de mentiras, para que el alcance de sus actos le pueda ser claramente conocido. Mientras exista el régimen de la mordaza, de la censura y de las puertas dobles en las salas de las conferencias diplomáticas, del silencio y las tinieblas (y este régimen, inherente a la guerra, durará tanto como ella), mientras el soldado sea el "esclavo ciego y mudo" que no puede saber dónde se le conduce, ni porqué, tendrá la imperiosa obligación moral de rechazar destripamientos desconocidos...

* * *

"De esta carnicería, ni los soldados ni los jefes parecen ser responsables". En el caso de una guerra ofensiva, la responsabilidad —dice Cazes— recae sobre aquel que la ha declarado." Y los eclesiásticos hace coro: "El sacerdote — afirmaba Franc en *la Cruz*" — no puede iniciar por sí mismo ningún derramo de sangre. Pero el día en que el gobierno lo manda a la línea de fuego, debe obedecer."

—Singular excusa! se asegura su conciencia delicada con el gesto de Pilatos, lavándose las manos de la muerte de Jesús!

Las órdenes del gobierno pasan, para los primeros, por sobre los mandatos de la razón, para los últimos, por sobre los preceptos de Cristo! No se puede ser el responsable de un homicidio del que no se tuvo la iniciativa, pero que se tendría la cobardía de cometerlo por las órdenes amenazadoras de cualquiera! "Cuantos crímenes en la historia de la humanidad con esta espantosa excusa: yo obedezco!" Como si hubiera disciplina más alta que la de la conciencia! Como si todo estuviera dicho cuando el asesino puede responder: "se me mandó matar, y yo no hice más que obedecer, yo no soy el responsable!" (M. Zévaco).

Ciertamente, se puede, con los deterministas, negar íntegramente la responsabilidad humana. Pero si se admite, en general, responsabilidad y libertad, sólo los locos son irresponsables. El soldado es un producto pasivo y como tal irresponsable. Sólo queda de él un hombre bajo un uniforme, y es el hombre el que queda siendo el responsable de los gestos del soldado. Su responsabilidad remonta hasta el pasado, en el momento en que, vistiendo la librea del esclavo, abdicó del dominio de sí mismo y consintió en el suicidio moral. Culpabilidad atenuada por el ambiente de homicidio, por el peso de una sugestión tanto más potente desde que es colectiva, por las amenazas del "Estado coloso" que puede mandar al recalcitrante al "madero" o "estrangulario friamente entre cuatro paredes". Pero no es menos cierto que asesino por sugestión colectiva o no, es siempre un vulgar asesino. (1).

* * *

Los brutos pueden juzgar glorioso el asesinato patriótico... Después de las masacres de septiembre de 1792, los "ejecutores", persuadidos de merecer el agradecimiento de la nación, reclamaban una recompensa. Los más celosos exigían una medalla. La mayor parte de los soldados son tan inconscientes como aquellos septembristas. Tiran sobre los hombres como a un blanco; son fieros cuando dan golpes y "ostentan" cruces y cintas — las pruebas de sus exploraciones cinegéticas. Qué mal le han hecho sus pretendidos enemigos? — "Un mal señalado pero no un mal bien sentido y vivido... No matan por sus propias cóleras, matan a sangre fría... sin sentir bramar en su pecho ese sentimiento, si no bello, al menos normal: el odio". (L'Antiguerrier, No. 3). Incapaces que no vengarían con la muerte una ofensa personal, matan sin remordimientos cuando matan sin convicción. Por qué? Porque "el gendarme y el prejuicio lo dejan el campo libre" (*Ibid*) y toda su moralidad se sostiene por el temor al policía y el culto del prejuicio. Ah! merecen que se les décore! Ellos elevan hasta el más alto grado de perfeccionamiento la suprema virtud del hombre civilizado: obediencia! Pero es justo por eso también — y perfectamente lógico — decorar a los gendarmes...

* * *

A las conciencias rectas no satisfacen las falsas excusas de una legítima defensa nacional, infinitamente problemática; ni el sofisma de las órdenes recibidas — pues "el homicida es el homicida". La sangre vertida es sangre vertida. Si matar es un crimen, matar a muchos no puede ser una circunstancia atenuante. No se cambia la cara al asesino al en lugar del gorro del forzado se le pone sobre la cabeza un "casco o un képi" (2).

—Ved la agonía de un "héroe" en *La Guerre des Soldats* de Raymond Lefevre: "Oh! no puedo argüir inconciencia! He sufrido pesadillas, veía cráneos de hombres derribados que me miraban cómo sacaba de sus cuerpos mi bayoneta, mi pié izquierdo sobre los pechos... Sólo entonces, desembriagado, comprendemos que son nuestros hermanos... no puedo atreverme a pedir un confesor... No, no quiero". — Muerto ya, "una notable expresión de singular horror se señaló en su boca". — Había cumplido su deber legal. Sin embargo, sentía que ese deber legal era, en esas circunstancias, justamente el opuesto del verdadero deber. Al borde de la tumba, se alzaba el hombre para juzgar y retar al ciudadano.

El hombre no tiene derecho a matar sin estar seguro de que se encuentra con derecho a la legítima defensa. La patria exige que se mate sin una tal certidumbre.

De modo que los deberes del ciudadano en tiempo de guerra, son absolutamente inconciliables con los deberes de hombre. Si quiere ser hombre — y "el hombre es anterior y superior al ciudadano" (Renan) — el soldado debe desobedecer a la ley y a la patria que le ordenan el asesinato.

* * *

Ciertamente, desobedecer no es cosa fácil. Es necesario un coraje excepcional para recibir golpes sin devolverlos — tanto más cuanto que con esta actitud pasiva (un tanto ridícula) se peligra de acarrearse nada más que citaciones. Infinitamente raros son los "pollus" que han podido escribir en su carnet de ruta estas palabras reveladoras de verdadero heroísmo: "...he tirado, en el frente, dos tiros solamente — dos tiros simbólicos: uno en la dirección del Estado Mayor francés, el otro, con el fusil a 45°, en la dirección de las líneas alemanas..."

Lo más simple sería imitar a los cuákeros y a los "conscientous objectors" — evitando las ocasiones de asesinatos y abstenerse de deslizar — así fuera el dedo meñique — en el formidable engranaje militar. Pero "rechazar categóricamente su concurso al Estado criminal", no está al alcance de todos. La resistencia pasiva "exige del individuo una energía y un espíritu de sacrificio, incomparablemente más grande que el afrontar la muerte confundiendo su sudor y su aliento de agonía al del rebaño. Una fuerza moral semejante no es posible si no se despierta en el corazón de los hombres — de cada hombre, individualmente — el fuego de la conciencia". (Romain Rolland).

Mientras tanto, la mayoría de los movilizados — aunque sentimentalmente refractarios — se dejan, por flojedad, arrastrar hasta el campo de batalla. Allá, si la orden de tirar persiste, se encuentran en estado de legítima defensa, — no frente a frente de esos llamados enemigos que sufren una coacción idéntica — sino frente a los jefes, directos o no, que imponen el terrible dilema: matar desconocidos o morir. Las consecuencias son claras: "Los fusiles podían disparar solos — decía en otra ocasión Briand — pero no sería en la dirección indicada..."

Una vez conquistada la libertad de no ser asesinos (no se la puede conquistar plenamente si no es por una revolución que arruine toda autoridad legal del hombre sobre el hombre) puede suceder que los esclavos armados persistan en una guerra fratricida, a pesar de todos los ofrecimientos de paz. Entonces serían verdaderos enemigos y — esta vez en legítima defensa, se puede llevar contra ellos la lucha libre, sin jefes impuestos ni códigos. En esta lucha defensiva y espontánea de hombres libres contra miserables sirvientes de verdugos, los fusiles dejan de ser armas asesinas...

J. Goly.

(1) "Me he retirado a la soledad, santuario de las voces serenas y he escuchado a Epicteto, y Jesús, y Tolstoy y Han-Ryner fundiéndose a la de Jorge Marcine para clamar imperiosamente: no matarás. Y he llamado asesino al soldado-policía, al soldado-combatiente... etc..."

(Jeorge Marcine, *La mêlée*, 8|19)

(2) V. Hugo: *Hechos y palabras*. "Se les pone sobre la cabeza una corona de emperador", dice el texto de Hugo. No desnaturalizamos el pensamiento del autor. Completamos este pensamiento, pues la culpabilidad activa de un emperador criminal, implica necesariamente la culpabilidad pasiva de sus instrumentos de crimen: los soldados.

La insurrección popular en Bulgaria

Las revueltas de campesinos y de obreros en Bulgaria están ya ahogadas en sangre. La sangrienta reacción gubernamental ha triunfado una vez más sobre los cadáveres de millares de víctimas. Y hoy, sobre el fondo siniestro de la represión feroz, el movimiento insurreccional se nos aparece en toda su amplitud y toda su profundidad. Lejos de ser una simple resistencia a la provocación autoritaria, este movimiento ha tenido una importancia mucho mayor, que los políticos no pueden comprender. Fué una verdadera insurrección popular que ha sacudido los lechos profundos de la masa campesina y obrera en Bulgaria.

Nosotros tenemos ya, sobre los acontecimientos, las preciosas opiniones de dos "comunistas" búlgaros: de Berloff (la "Humanité", número del 19 de octubre) y de Kolaroff, jefe del P. C. búlgaro y secretario de la I. C. (la "Humanité", número del 3 de noviembre). Kolaroff es también uno de los que han tomado parte en el movimiento.

Como ya lo hemos dicho en nuestro artículo precedente ("Le Libertaire", número 277) el movimiento comenzó por una protesta armada contra la represión del gobierno de Zankoff. Además, desde su iniciación las revueltas fueron de una notable espontaneidad. Esto es reconocido aun por los mismos "comunistas" que tienen siempre la pretensión de decretar una insurrección o bien una revolución. Las espontáneas revueltas de los campesinos y los obreros búlgaros han subrayado en gruesos rasgos la impotencia revolucionaria del P. C. búlgaro. "Cuando el Comité Central del Partido decidió la insurrección — dice Berloff — ésta era ya un hecho en muchos puntos". Y nosotros comprendemos fácilmente el rol de los partidarios de la dictadura que intentan siempre aprovechar cada movimiento popular para sus fines autoritarios. Por otra parte, Kolaroff mismo lo reconoce: "Ante esta situación de hecho (la insurrección surgida), el Partido no podía dejar a las masas sin dirección. Con pleno conocimiento de los defectos de organización de los insurgentes y de las dificultades de la lucha, el Comité central del Partido tomó la resolución de una insurrección general".

Esta resolución y las tentativas hechas por el P. C. para apoderarse del poder y para proclamar la república de los Soviets, en muchos puntos, causaron, tal vez, el aborto de la insurrección. Nosotros sabemos, por ejemplo, que en una entera región — la Bulgaria del Sud-oeste —, gracias a la traición de los jefes "comunistas", la insurrección no ha podido estallar; a excepción de Bobochevo y Gorna-Djoumaia, donde las masas están bajo la influencia de los anarquistas, ninguna otra aldea o ciudad de esta región ha tomado las armas. En muchas localidades donde los "comunistas" han gozado de una influencia considerable, las revueltas han tomado un carácter dictatorial, y esto en detrimento del movimiento mismo.

Pero en general el movimiento fué un levantamiento libertario. Este fué un alzamiento de las masas trabajadoras, oprimidas y expoliadas durante siglos, que tomaron las armas para combatir, no solamente la autoridad del verdugo Zancoff, sino a la autoridad en general.

El gobierno de Zancoff, desde su advenimiento, cometió muchos horrores y puso, además, al desnudo la naturaleza de todo gobierno. Tras el régimen bárbaro de Stambolisky, fué el advenimiento de una nueva era de exterminio de todo lo que es revolucionario. El gobierno de los académicos fué el primero que se ocupó seriamente de organizar el fascismo búlgaro. A su lado él tenía a las bandas de bandidos macedonios, organización que fué siempre el puntal más seguro de todo régimen de opresión. Es con la ayuda de esta organización y con el concurso de la liga de los oficiales de reserva que se efectuó el pronunciamiento del 9 de junio. Y el período de las represiones, de las torturas, de las ferocidades inauditas fué inaugurado.

Las masas populares que habían permanecido inactivas, cuando el golpe de Estado del 9 de junio, se prepararon para la lucha. Mientras tanto, ellas eran contrariadas por el P.C. Este ha traicionado muchas veces el esfuerzo revolucionario de los obreros y de los campesinos. Además, la idea de un gobierno de los Soviets ha sido en todo tiempo una idea extraña para el proletariado búlgaro.

Desgraciadamente, las masas populares no estaban todavía sobre la vía de una orientación revolucionaria. Las ideas anarquistas han hecho mucho progreso. Mas es un gran perjuicio que en su mayoría aplastante el proletariado búlgaro no haya hecho suyas todavía la idea anarquista y la organización sin autoridad.

En tales condiciones se comprende sin esfuerzo por qué, de una parte, las tentativas del Partido Comunista de proclamar la república de los Soviets se han frustrado y por qué, de otra, el movimiento fué aplastado sin poder tomar la extensión de una verdadera revolución.

Allí donde las masas estuvieron a punto de dar un paso hacia la expropiación y la organización sobre principios libertarios, ellas no hicieron nada. Bajo la influencia predominante de los "comunistas" autoritarios, ellas se entregaron a excesos inútiles, y proclamaron "comunas soviestistas", "repúblicas proletarias", olvidando la esencia misma de la revolución social.

Los anarquistas fueron numéricamente pocos, y, dispersados en pequeños grupos, ellos no han podido desplegar su acción de destrucción y de construcción. En muchos lugares (como en Bobochevo y Gorna-Djoumaia) ellos fueron los únicos que han tomado las armas y han debido repeler por sí solos los ataques de las fuerzas militares.

Sin embargo, los anarquistas fueron el elemento irreductible y el más peligroso para las autoridades. Estas no les economizaron los golpes que debieron, en seguida, soportar. La represión contra los anarquistas fué la más implacable. Muchos grupos anarquistas fueron casi aniquilados. Otros grupos fueron completamente dispersados.

Pero la reacción no se cuida ya más de la población apacible. El número general de las víctimas, aun de acuerdo a las informaciones de los diarios burgueses, es enorme. Hubo cerca de 5000 ejecuciones sin Esto fuera de los muertos en las encarnizadas: más de 10.000 pe tre hombres, mujeres y niños inoc tos. Y las ejecuciones continúan.

El más traidor papel en el aplas de la insurrección fué cumplido por didos macedonios que perpetraron inauditos. Son ellos los que incen deas enteras, que masacraron hom nos, miembros de familias revolu Los "revolucionarios" macedonios quirido a justo título el renombre Souvoucks modernos...

Los acontecimientos de sopile Bulgaria servirán de lección. La 15.000 víctimas ha planteado está categórico para el proletariado resignarse a soportar todas las explotación y de opresión que la de los siglos ha acumulado, o bi liándose y rompiendo el yugo que quiere soportar más, marchar sobre el camino de la revolución destruir todos los gobiernos.

Nosotros esperamos que el porv cercano porvenir, no dejará de m que la sangrienta lección no ha sid para los campesinos y los obrero ros.

(De "Le Libertaire")

A través de la pr

ABNEGACION.

Hay, entre los hombres de ciencia ejemplares consagradas al bien est to, y cuya abnegación en la obra viar a los hombres de sus males dignos, por sus rasgos heroicos, de ración de las gentes razonables. Soret, radiógrafo del Havre, es una En el mes de marzo — según infor Libertaire" — fué preciso cortarle derecho, y últimamente ha sido amputarle el antebrazo a 15 centím codo, a consecuencia de la frecu cación del radio en el cuidado de mos. Y una vez restablecido volv abnegada tarea. ¿Qué vale la gloria guerreros, asentada sobre la mas grandes masas de hombres, frente desta gloria de hombres así que fican por salvar la vida de sus tes?..

CIVILIZACION.

El Boletín de la "Liga para la y evangelización de los négros" precisas informaciones acerca de bles torturas de que son objeto los del Congo por la crueldad de los Ligados por el cuello en grupos, ducidos al trabajo. Y el duro cast sufren, unido al trabajo penoso y e en morir a muchos de ellos. Un 27 hombres ha perecido enteramente sa del tratamiento cruel que padec

Los horribles actos de crueldad, se acusó a los alemanes durante la no son, pues, patrimonio exclusivo tos. Todas las potencias que lanza acusación contra Alemania, los com igual, o acaso con mayor saña, en lonias. Hasta Bélgica, por cuyo bajo la ocupación alemana tanto se ante el mundo, encuentra modo de sus pasadas penurias, las sevicias por sus habitantes, aplicándolas rig te a los pobres négros de sus colonia to es que, desde que el mundo es m autoridad no ha tenido otros medios vilizar salvajes.

EL FRACASO DE LAS LEYES

La inutilidad de las leyes para los males sociales, como el alcoho juego y el vicio de los alcaloides, patente. Y esto puede establecerse de los mismos datos oficiales. Ya nos referido en esta sección al aum mento en Norte América de las víctim la intoxicación alcohólica, bajo el r prohibicionista. Otra estadística afi forma que 50.000 médicos, la tercera de los médicos del país, han extendi de 11 millones de recetas prescribie uso de licores, representando un to total de casi un millón y medio de de vino brandy, gin, rhum, whisky holes de toda calidad. Los médicos americanos se han convencido, pues propiedades medicinales del alcoho to es que este convencimiento se ha on ellos desde la vigencia de la "ley pero, aunque tardío, bien que los médicos con el aumento de sus ha por la contribución de los que para la ley pagan a buen precio sus receta

EL GREMIO DE PERIODISTAS

Periodistas atropellados o presos, tas asaltadas, diarios clausurados: la nota que domina con mayor fre en la información diaria. La solidar riodística no aparece para nada más, si las víctimas la reclaman.